

Vincenzo P. Lo Monaco *

Mundos posibles, integridad óptica y propiedades esenciales

RESUMEN

Hay muchos argumentos para intentar mostrar que la crítica de Quine al esencialismo en lógica modal es, o bien retórica o bien sin fundamentos. Mi propósito en este trabajo es presentar algunos de los más reputados argumentos involucrados en el debate entre esencialismo y antiessentialismo con relación a las modalidades. En términos más específicos, se distinguen tres posiciones que intentan defender al esencialismo en lógica modal de los clásicos ataques de Quine, a saber: esencialismo ingenuo, esencialismo mereológico y esencialismo genealógico. De seguidas, la descripción y el subsiguiente examen de estas diferentes aproximaciones relevan que los defensores del esencialismo en la lógica modal no han sabido captar a plenitud el alcance de la crítica de Quine.

Palabras clave: ESENCIALISMO, QUINE, IDENTIDAD, MUNDOS POSIBLES.

ABSTRACT

There are many arguments purporting to show that Quine's critique of essentialism in modal logic is either rhetoric or unjustified. In this paper, I survey some of the major arguments involved in the essentialism/antiessentialism debate around modalities. More specifically, three positions are distinguished in which essentialism in modal logic may be defended against Quine's standard objections: naive essentialism, mereological essentialism, and genealogical essentialism. Thus, the further sketch and examination of these different accounts reveal that champions of modal essentialism have not fully capture the meaning of Quine's criticism.

Keywords: ESSENTIALISM, QUINE, IDENTITY, POSSIBLE WORLDS.

* Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

§ 0

El esfuerzo realizado por Kripke en los setenta por proveer a la lógica modal de una semántica autosuficiente y adecuada, ha sido saludado —y con sobradas razones— como uno de los mayores logros del pensamiento lógico más actual. Empero, como muchos han mostrado, esa hazaña tiene un precio, a saber: el lastre que arrastra consigo haber fundado tal semántica en nociones y principios que pertenecen a la metafísica, y más precisamente a una metafísica de corte realista. Sobre las consecuencias más o menos indeseables de semejante adopción se ha claramente observado que esta metafísica ha sido invariablemente interpretada —gracias principalmente, pero no sólo, a Quine— como mero esencialismo. El sistema de Kripke, es cierto, no es ya declaradamente esencialista como lo era el de Ficht, Marcus o Kaplan. Pero, aún así —si se tiene buen cuidado en distinguir el esencialismo *ingenuo* o *a secas* del *soterrado* o *advertido*¹—, las aplicaciones esencialistas pueden igualmente darse por exclusivismo predicativo, si se concibe que los objetos o individuos poseen una o más propiedades *simpliciter* o categóricamente, y no con relación a otros individuos o propiedades. En síntesis, el problema del esencialismo en lógica modal es simple: cuando quiera que se afirme que un objeto *x* tiene necesariamente cierta propiedad *P* se está siendo esencialista, quiérase o no. Pues esta clase de afirmaciones expresa modalidades *de re* y éstas no son enteramente traducibles a modalidades *de dicto* en lógica modal cuantificada.

¿Qué conclusiones habremos de extraer, entonces, de todo esto? ¿Quiere tal vez decirse que, ante la imposibilidad de pasárnoslas sin las benditas modalidades *de re*, nos hayamos de abandonar al oscurantismo modal y resignarnos a vivir en «la jungla metafísica del esencialismo aristotélico»? Por descontado, eso es lo que se desprende del discurso de Quine sobre las modalidades, y el eco de ese discurso ha sido muy considerable en la filosofía

¹ Entiendo por «esencialismo advertido» en el contexto de la lógica modal la posición que, sin necesidad de negar la introducción de nombres en el lenguaje, elimina sin embargo todas las constantes en favor de las variables, afirmando por consiguiente la primacía de los predicados y desplazando el compromiso esencialista a las relaciones subsistentes entre individuo y predicado. Para mayores detalles sobre la distinción entre el esencialismo *ingenuo* y el *advertido*, véase mi *Esencialismo, designación, mundos posibles. La metafísica de la lógica modal*, Caracas, UCV, 1995, trabajo de ascenso (mimeografiado), pp. 44-52.

contemporánea más o menos reciente, a tal punto que se ha trocado en la interpretación favorita, presidiendo casi exclusivamente la gran confrontación sostenida desde hace unos cincuenta largos años sobre la metafísica de la lógica modal. Sin embargo, los argumentos de Quine no han suscitado el amplio consenso que su meridiana claridad pudiera haber presagiado. Quizá tal claridad no haya sido más que presumida σ tal vez las razones sean en sí misma insuficientemente poderosas como para confinar las modalidades al exuberante «lecho procustiano» del esencialismo aristotélico. En cualquier caso, lo cierto es que ha suscitado una profunda reacción.

El propósito de estas páginas es, precisamente, el de presentar los detalles de aquella reacción, examinando y analizando las razones que la sustentan.

§ 1

Puede afirmarse que la reacción generada por el ataque de Quine al esencialismo en lógica modal ha abierto tres grandes frentes. Por una parte, hay quienes —como Smullyan, Feys o Prior— han aceptado estoicamente sus argumentos, respondiéndolo, imposibles, que el cargo de esencialistas les tiene completamente sin cuidado². Para estos filósofos, no habría en principio inconveniente en acordar que hay un vínculo entre esencialismo y modalidad, sin que por eso tenga forzosamente que concluirse en un «tanto peor para la lógica modal». Quienes así razonan prometen, claro está, un «tanto mejor para el esencialismo», siempre que se busque la elaboración de una semántica formalmente coherente que proporcione una explicación satisfactoria de la atribución esencial. Después de todo, si los ingredientes ontológicos han de ser insoslayables a la hora de construir lenguajes interpretados, no hay razón para dejarse atrapar por el temor a un tutelaje metafísico. Uno puede, si lo desea, definir al hombre como necesariamente 'animal racional' y contingentemente 'bípedo implume', o a la inversa. Puede, si lo prefiere, decidir que las dos caracterizaciones le convienen por la razón o, al contrario, por la experiencia. Pero —arguyen— no se esperará que cualquiera de estas definiciones deba imponerse sobre las otras en virtud de consideraciones lógicas o científicas. La elección dependerá, en cada caso, del gusto personal y de la conformidad con los cánones metodológicos convencionales del sistema lingüístico adoptado.

² Agréguese a esta lista los nombres de Marcus Barcan, Bradley, Swartz, Kaplan y Parsons.

Naturalmente, al socavar la ilusión de ver en la superación del problema ontológico el paso decisivo hacia la solución final de la cuestión modal, este punto de vista trivializa el argumento de Quine sobre el esencialismo, desplazando la disputa a un terreno menos firme y más convencional, aquel de la elección entre teorías rivales y, por supuesto, sus trasuntos ónticos. Pero decir tal es lo mismo que decir que las angustias de Quine alcanzarían a convertirse en auténticas perturbaciones si, y sólo si, se lograra demostrar *more logicae* que la nominalista es la única ontología racional. Sin ánimo de minimizar semejante alegato, lo cierto es que el terreno en que estos lógicos se sitúan no es ya el de la cuestión modal sino el de la preferencia o decisión metafísica, cuestión respecto de la cual —como hemos razonado concluyentemente en otra parte³— hay buenos motivos para pensar que confluye en un callejón sin salida. Así pues, si ésta ha de ser la estrategia de defensa, poco o nada tienen los esencialistas confesos para oponer a la crítica de Quine.

§ 2

Volviendo al problema de fondo, subsiste una segunda reacción a cargo de quienes, si bien admiten el vínculo entre modalidad y esencialismo, estiman no obstante que el recurso a las propiedades esenciales puede justificarse en términos plenamente epistemológicos. La justificación consistiría, a saber, en identificar las condiciones intrínsecas de la atribución esencial con lo que se podría llamar «las relaciones causales de la identidad objetual» a través de mundos o estados temporales. Thomas Reid intuyó ya este recurso cuando, con relación al problema de la identidad de objetos materiales y personas, advirtió que la identidad genuina es indefinible⁴. Lo que las personas o las cosas mantienen *per se* a través del tiempo —continuidad espacio-temporal, relaciones causales, etc.— no constituye la «identidad perfecta» en sentido filosófico estricto, sino «algo que por conveniencia lingüística llamamos identidad»⁵.

Un descendiente actual de esta última doctrina es el esencialismo mereológico de Roderick Chisholm, teoría según la cual todas las partes de una

³ Cf. mi *Entre presuposición óntica e inocencia metafísica. Las raíces filosóficas de la cuantificación*, Caracas, Instituto de Filosofía (UCV), 1991, cap. IV.

⁴ Cf. T. Reid, *Essays in the Intellectual Powers of Man*, Cambridge, 1969, p. 334.

⁵ *Ibidem*.

cosa son esenciales a ella y le pertenecen a lo largo de su historia⁶. De acuerdo con este punto de vista, las cosas son *entra successiva*, construcciones lógicas de más o menos corta duración; sólo las personas son *entia per se*, entidades completas respecto de las cuales cabe hablar con propiedad de identidad en el estricto sentido filosófico de la palabra. Pero de ahí no ha de concluirse, como sería razonable pensar, que dejen de haber criterios confiables de identidad para los objetos materiales. Lo que más bien sucede es que, como en la *teoría de los objetos* de Meinong, el origen y la substancia del objeto determinan ópticamente su individuación esencial. Escribe, en efecto, Chisholm:

Decir de la mesa que está necesariamente compuesta de la pata y la tabla no equivale a decir de la pata y la tabla que son necesariamente partes de la mesa. Ni equivale a decir que la pata está necesariamente unida a la tabla⁷.

El hincapié, parece obvio, ha de hacerse en el lugar que ocupa el adverbio modal 'necesariamente' en la advertencia comparativa, pues lo que Chisholm está interesado en concluir es que si cierta mesa tiene una pata, entonces la mesa debe tener *de re* la pata como parte.

Por simplificatoria que esta concepción pudiera resultar, hay que reconocer que algunas de sus ideas siguen teniendo cierto atractivo, tanto que han sido usufructuadas por el propio Kripke. No es que sea esto lo que propugna exactamente el lógico de Princeton, quien procede con gran cautela cuando de lidiar se trata con el todo y sus partes. De hecho, aunque reconozca que «La cuestión de la identificación a través de los mundos tiene *algún* sentido en términos de preguntarse acerca de la identidad de un objeto vía cuestiones acerca de sus partes componentes [...]»⁸, no deja sin embargo de observar que «estas partes no son cualidades» y que «aunque podamos sustituir cuestiones acerca de un objeto por cuestiones acerca de sus partes, hacerlo no es en modo alguno necesario»⁹. Pero no cabe ninguna duda de que Kripke se sirve del recurso que Chisholm le ofrece para extrapolarlo a la cuestión de la individuación objetual. Y no es que se critique que subsistan puntos de coincidencia entre ambos

⁶ Cf. R. Chisholm, *Person and Object*, La Salle, Illinois, 1976, en especial cap. 3.

⁷ R. Chisholm, «Parts as Essential to Their Wholes», *Review of Metaphysics* 26 (1973), p. 223

⁸ S. Kripke, *Naming and Necessity*, Cambridge, Harvard University Press, 1980 (2ª ed.), p. 53.

⁹ *Ibidem*.

enfoques, siendo tal vez el más transparente la necesidad de que la atribución esencial tenga lugar en el ámbito de una estructura *de re*. Lo que aquí realmente se cuestiona no es esta coincidencia sino los desarrollos de las discrepancias de este «giro esencialista».

Expliquémonos usando de nuevo el ejemplo de Chisholm con la finalidad de averiguar lo que ambas partes tengan que decir. Como ha visto con acierto David Wiggins¹⁰, la afirmación en torno a la pata no implica que la pata tan sólo existe mientras que la mesa debe existir, pues aquélla puede existir aún cuando la mesa haya dejado de hacerlo. Por lo tanto, el enunciado de marras puede formularse correctamente, con *t* como variable temporal genérica, como

(1) $(t) (\text{la mesa existe en } t) \rightarrow (\text{la pata compone la mesa en } t);$

y agregando el operador de necesidad, con *a* y *b* como constantes individuales para la mesa y la pata respectivamente, obtenemos en símbolos

(2) $(a) (b) (t) (a \text{ existe en } t) \rightarrow \Box (b \text{ compone a en } t).$

El punto es que Chisholm rehusaría aceptar la verdad de (2) en razón de su patente asimetría, pues (2) no es una instanciación válida de la generalización existencial

(3) $(x) (y) \Box (x \text{ compone } y).$

Lo que probablemente Chisholm quiera expresar con su negativa es que para saber si el enunciado «la mesa está compuesta de patas» es verdadero, no necesitamos acudir a la experiencia de la observación estadística de las mesas, sino que bastará saber que —por la doctrina mereológica del origen— «tener patas» forma parte del significado de «mesa»; y es por eso, porque sería contradictorio afirmar que «*x* es mesa y no tiene patas», por lo que (1) es verdadero. Esto pudiera tal vez ser expresado por (3), restableciendo la simetría

¹⁰ Cf. D. Wiggins, «De Re 'Must': a Note on the Logic Form of the Essential Claims», en G. Evans y G. Mc Dowell (eds.), *Truth and Meaning*, Oxford, 1976, p. 310.

requerida entre el todo y sus partes. Pero el problema es que (3) es falso y arrastra asimismo indeseables consecuencias existenciales, pues puede fácilmente demostrarse que

$$(4) \square(x \text{ compone } y) \leftrightarrow (\exists z) (\exists w) ((x = z) \& (w = y) \& (x \text{ compone } y))^{11}.$$

Ahora bien, ¿cómo resolver todo este embrollo al que nos conducen las disquisiciones mereológicas de Chisholm? Reinterpretándola a su modo como una cuestión concerniente a la justificación de la necesidad de la identidad, la pregunta vendría a ser para Kripke:

¿Qué propiedades (atemporales) el objeto no habría podido dejar de tener, y de qué propiedades habría podido carecer mientras aún (atemporalmente) existía¹².

La respuesta tiene que hacer con dos principios fundamentales de la individuación referencial, a saber: el principio del origen y el principio de la substancia. El primero nos diría que si un objeto material tiene su origen en una determinada porción de materia, no habría podido tenerlo en otra porción de materia¹³; el segundo afirmarí que es imposible pensar en un objeto compuesto de una substancia diferente de aquella de que está realmente compuesta¹⁴. Ambos principios delimitan en conjunto el rango de aplicación de la atribución esencial, de manera que podemos afirmar que una propiedad esencial es una propiedad del objeto tal que o bien el objeto tiene tal propiedad, o el objeto simplemente no existe. Es por eso que Kripke no tiene empacho alguno en reconocer que «ser una mesa parece ser una propiedad esencial de la mesa»¹⁵.

Para ser justos con Kripke, ningún lógico modal ignoraría que lo anterior puede significar dos cosas. Puede significar, en primer lugar, que todo objeto es idéntico a sí mismo. En tal sentido, propiedades tales como ser idéntico a algo, ser idéntico a todo objeto que tenga sus mismas propiedades —o todas aquellas otras propiedades que podamos excogitar recurriendo a la disyunción o al

¹¹ Cf. *ibid.*, p. 311.

¹² Kripke, *op. cit.*, p. 114, nota 57.

¹³ Cf. *ibidem*.

¹⁴ Cf. *ibid.*, p. 115, nota 57.

¹⁵ *Ibidem*.

condicional, tales como la propiedad de ser número primo o no ser número primo, ser padre si se es varón y se tiene descendencia, etc.— son todas ellas propiedades esenciales. Ruth Marcus las llama «propiedades referenciales» para significar que se trata de propiedades que el objeto tiene en todos los mundos posibles y de las cuales no podría carecer sin perder su propia identidad¹⁶. El problema es que estas propiedades, tanto las de carácter lógico como las de tipo lingüístico, son todas ellas triviales o, dicho en términos más precisos, trivialmente esenciales. En efecto, tales atribuciones son deducciones del principio de identidad asumido como axioma, al menos como se define la identidad en la lógica clásica. Un mundo, por ejemplo, en el que se concediera algún crédito al enunciado «Hay objetos que no son idénticos a sí mismos», sería un mundo completamente irracional, un mundo imposible dentro del cual se podría lícitamente predicar a la vez verdad y falsedad de una misma proposición.

Pero puede significar, en segundo lugar, la existencia misma es la propiedad esencial *par excellence*. Así lo ha entendido, por ejemplo, Plantinga al inventar las *propiedades-indexadas-en-mundos* como muestras incuestionables de propiedades esenciales¹⁷. Si llamamos al mundo real Cronos, *ser-F-en-Cronos* se define como la propiedad que algo tiene en cualquier mundo si, y sólo si, tiene en «Cronos» la propiedad accidental ordinaria de ser F¹⁸. En esta propuesta, todas las propiedades indexadas-en-mundos son esenciales, puesto que resultan definidas en términos de un mundo posible privilegiado —el mundo real— en el que existen los objetos que cualificamos. En cierto sentido, da la impresión que el mismo Kripke llegara a compartir ese punto de vista, en la hipótesis de que se tome literalmente su afirmación de que

si en una fórmula abierta $A(x)$ se asigna a la variable libre un individuo dado como valor, entonces se suscita el problema de saber si debe asignarse un valor de verdad a la fórmula en mundos donde el individuo en cuestión no existe¹⁹.

Sin embargo, la posición que acabamos de bosquejar, que podría ser bautizada «esencialismo indexical», ofrece al análisis algún que otro inconve-

¹⁶ Cf. «Essentialism in Quantified Modal Logic», *Noûs* 1 (1967), pp. 91-96.

¹⁷ Cf. A. Plantinga, «Word and Essence» in *Philosophical Review* 79 (1970).

¹⁸ Cf. *ibid.*, pp. 153-154.

¹⁹ Kripke, *op. cit.*, p. 158.

niente que no aquejaba al viejo esencialismo. Un buen punto de partida para mostrar este alegato es una sección del libro de Plantinga que lleva por título *Could Socrates have been an Alligator?*, según la cual Sócrates, a semejanza del hombre de *La metamorfosis* de Kafka, podría haber tenido cuerpo de caimán, al menos durante parte de su vida, sin dejar de ser Sócrates²⁰. Hablando en términos estrictamente lógicos, sería difícil negar tal posibilidad. Empero, si se desea estipular un mundo posible donde se represente a Sócrates convertido en caimán, tendremos que contar previamente con algún criterio confiable para certificar que el término «Sócrates» denota en ese mundo al mismo individuo que designa en el nuestro, o sea, a Sócrates. Evidentemente, para Plantinga la posesión de un cuerpo humano determinado no es una condición esencial para ser un individuo. Pero si esto no lo es, ¿qué otra condición podrá ser esencial para identificar a Sócrates en «Cronos»? Ciertamente el expediente nominalista de la existencia *indexada en Cronos* no es suficiente para constituir un principio de individuación aceptable, a menos que se desee incurrir nuevamente en la afirmación esencialmente trivial de una vaciedad tan ilustre como el principio lógico de identidad. Quizá no esté muy claro que sea esto lo que Plantinga intenta sostener, pero no vemos de qué otro modo su solución pueda tornarse deseable, aunque no sea más porque —como bien es sabido— la indexación presupone la discernibilidad del objeto, por lo que sería precisa toda la sabiduría del Dios de Leibniz, atareado en indexar el mismo objeto a través de los mundos posibles y provisto de la sola omnisciencia divina que, no obstante la desnudez atributiva del objeto, no haya de permitirle dejar de identificarlo.

Aparte de las dificultades de orden filosófico, subsisten en la propuesta de Plantinga auténticas dificultades de orden lógico, específicamente con relación a la cardinalidad de los conjuntos. En efecto, si todos los mundos posibles contienen el mismo conjunto α de individuos, los predicados serán determinados por todos los subconjuntos de α , con lo cual su número será igual a la cardinalidad del conjunto máximo de α para los predicados monoargumentales, el conjunto del producto cartesiano de α por sí mismo para las relaciones biargumentales, y así sucesivamente. Todos los mundos tendrán, por tanto, la misma estructura lógica y se diferenciarán únicamente por la asignación del

²⁰ Cf. A. Plantinga, *The Nature of Necessity*, Oxford, Clarendon Press, 1974.

nombre de un predicado a los distintos subconjuntos, de modo tal que el número de mundos posibles será el resultado del número de las posibles funciones que asignan nombres de predicados a los subconjuntos de α , nombres de relaciones a subconjuntos del producto cartesiano de α por sí mismo, y así sucesivamente. Ahora, si el axioma de elección es válido para el conjunto de los mundos posibles, entonces no habrá modo de establecer la cardinalidad de los conjuntos, a menos que se introduzcan índices que diferencien a un mundo de otro, razón por la cual los individuos pertenecientes a cada mundo sólo podrán ser determinados artificialmente gracias a un ardid sintáctico.

§ 3

Esto último nos permite entrar en el tercer frente de la reacción a la crítica de Quine, representado casi exclusivamente por Putnam y Kripke. En honor a la verdad, poco o nada tienen que hacer el *esencialismo mereológico* de Chisholm o el *esencialismo indexical* de Plantinga con el *esencialismo causal* de Kripke, el cual tiene ya por su propia cuenta suficientes problemas para abrumarle con la carga de ajenos. Para Kripke, la cuestión decisiva no es «si el objeto tiene esencialmente cierta propiedad», sino «qué propiedades esenciales que no sean triviales tiene el objeto en el mundo real»²¹. En un marco como éste, que no es ya el de Chisholm o el de Plantinga, sería posible brindar algunas respuestas, las cuales tienen que hacer con la cuestión de qué factores, como mínimo, deben servir al propósito de la individuación referencial. Por lo que toca a Kripke, no le parece muy oportuno llamar «propiedades» a aquéllos, pero sólo porque en rigor los considera «configuraciones necesarias» del objeto por apelación a principios legaliformes científicamente reconocidos; lo que equivale a someter de entrada las configuraciones de los objetos a la medida de nuestras creencias basadas en la ciencia. En suma, lo que se trataría es de saber si hay factores intrínsecos que cooperan a la configuración necesaria de los objetos para poderlos identificar en todos los mundos posibles en que éstos existan. Desde luego que los hay, según Kripke, como hemos dejado entrever tras bastidores. Así por ejemplo, es una configuración necesaria o propiedad esencial de Kripke haber nacido de la unión de un determinado espermatozoide con un determi-

²¹ Kripke, *op. cit.*, p. 115.

nado óvulo, y —por inferencia— haber nacido en el tiempo en que realmente nació o tener el cuerpo humano que realmente tiene²² —lo cual, generalizando, niega de pasada la afirmación de Plantinga de que Sócrates habría podido fastidiar mayéuticamente a los incautos transeúntes de la Acrópolis ateniense luciendo un escamoso cuerpo de caimán. Hay una doble motivación para que esto sea así. Está, en primer lugar, la doctrina del origen, la cual —recordamos— sostiene que ningún objeto puede tener en un mundo posible un origen y una substancia diferentes de los que tiene en el mundo real. Pero si nos mostramos desafectos a los juicios metafísicos, podemos aún reparar en el supuesto básico de la hipótesis causalista, el cual reza que las verdades científicas del mundo real han de valer en todo mundo posible, esto es, son verdades necesarias. Es sobradamente conocido el hincapié de Kripke en semejante caracterización de las leyes científicas. Desde su posición, sería imposible cualquier mundo cuya descripción niegue algunas de las leyes naturales de nuestro mundo; sería imposible, por ejemplo, un mundo en que el agua no se componga de dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno, o bien un mundo en que el calor no sea energía cinética molecular²³.

A decir verdad, la hipótesis causalista está en este punto muy lejos de resultar comprobada, además de producir consecuencias claramente controvertibles. Sobre lo primero, Montague ha claramente demostrado que hay una diferencia importante, *malgré* Quine, entre la necesidad lógica y la necesidad física²⁴. Una proposición es lógicamente necesaria si, y sólo si, es un teorema de la lógica, esto es, si es válida para cualquier extensión de sus constantes descriptivas; es, en cambio, físicamente necesaria si, y sólo si, puede inferirse deductivamente de cierta clase de leyes físicas claramente establecidas, razón por la cual es válida únicamente en aquellas extensiones en las que ya son válidas las

²² Cf. *ibid.*, p. 115. En *The Foundations of Philosophical Semantics* (Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 15-16), John Pollock llama a esta ocurrencia de Kripke «esencialismo genealógico» para indicar que uno tiene necesariamente los progenitores que tiene, sin que pudiera haber sido el caso que tuviera otros diferentes.

²³ Cf. *ibid.*, pp. 128-133.

²⁴ Cf. R. Montague, «Logical Necessity, Physical Necessity, Ethics and Quantifiers», en R. H. Thomason (ed.), *Formal Philosophy. Selected Papers of Richard Montague*, New Haven, Yale University Press, 1974, pp. 78-81.

leyes físicas de las que se deduce. Pero lo verdaderamente inquietante no es la identificación, más o menos irresistible, que suele hacerse de los dos tipos de necesidad, habida cuenta que el mismo Montague se ha encargado igualmente de mostrar que la necesidad física puede fácilmente expresarse en términos de necesidad lógica²⁵ —por más que aquélla restrinja extraordinariamente la libertad en la construcción de mundos posibles en la medida en que prohíbe enunciar leyes físicas distintas de las nuestras. Lo que realmente perturba es la ingenuidad metafísica que subyace a tal realismo científico. En efecto, a menos que no se desee retroceder a una visión preduhemiana del desarrollo científico —cosa que actualmente parece descartada en las distintas visiones de la ciencia, de Popper, Lakatos y Kuhn a Feyerabend, Russell Hanson y Laudan—, sería difícil desconocer que nuestras teorías no son más que verdades provisionales o, para decirlo con Popper, «conjeturas provisoriamente no refutadas». En otras palabras, las teorías científicas son hechos históricos y poseen una validez relativa y un carácter dinámico, rasgos distintivos del conocimiento científico.

Si esto puede parecernos plausible, entonces la doctrina causalista enfrenta serias dificultades. Pensemos, por ejemplo, en la vieja disputa acerca de la naturaleza de la luz antes de 1905, año en que Einstein demuestra la equivalencia entre masa y energía. Puede mostrarse históricamente que, por lo que atañe a la naturaleza de la luz, la contraposición onda-partícula constituye un caso admirable de confrontación interteórica no decidida. Huygens siempre creyó que la luz era movimiento ondulatorio, mientras que para Newton la luz se componía de partículas en movimiento. Los dos mil años que precedieron a Huygens y Newton condujeron a la articulación y cristalización de estas dos opuestas representaciones del fenómeno²⁶. No es necesario presentar aquí los detalles de esta ingeniosa disputa porque, a pesar de su fecundidad filosófica e interés epistemológico, es inessential en nuestra argumentación. Baste suponer que, a finales del diecinueve, el científico natural dedicado a estudiar el fenómeno hubo de acoger una de las dos «descripciones» antitéticas de la luz sin

²⁵ Cf. *ibid.*, pp. 82-83.

²⁶ Para una clara representación de esta polémica en sus pormenores evolutivos, véase el excelente trabajo de M. N. McMorris, «Classical Duality and the Nature of Light» in *Scientia* 114 (1979), pp. 601-628.

poder demostrar concluyentemente su superioridad sobre la rival. Es obvio que se trata de conceptos distintos y que *la propiedad de ser movimiento y la propiedad de ser materia* no son la misma cosa, si bien son —acorde con las respectivas teorías— configuraciones necesarias o atribuciones esenciales del objeto. Supóngase que nuestro putativo científico pudo elegir una de las dos teorías por su simplicidad o su coherencia o por su influencia, o por su fecundidad o su verosimilitud. Lo que cuenta como luz depende ahora de su elección y sus preferencias, y todavía parece que hay un sentido preciso en el cual su asunción concede crédito e importancia a la teoría rival, a saber: es el mismo sentido que le impide ver a *su luz* designando rígidamente ondas *aut* partículas en todos los mundos posibles. Pero hay otra manera en que nuestro científico habría podido responder, de sentirse inexorablemente atraído hacia la especulación ontológica: insistir obcecadamente en que la suya es la única representación «verdadera» de la luz, aquella que mejor «delinea» la realidad fundamental. Esta es justamente la clase de respuesta en la que Kripke piensa, sostenida por su realismo acerca de la «Madre Naturaleza» o, en otras palabras, su creencia de que las leyes naturales y las verdades que de éstas deduzcamos son un género de proposiciones necesarias.

Si se tomara en serio —muy en serio— la atribución de necesidad a las verdades científicas por la vía de la esencialidad del mundo real, habría en el ejemplo de la luz un problema real: ¿exactamente qué principio o cuáles principios de interpretación da nuestro científico para declarar a una de las dos representaciones de la luz «verdadera» o «real»? Para un quineano este problema no surge, pues el «modismo dramático» de Quine, aun en la versión más excelsa de la ciencia consolidada, no es más que una necesidad práctica, un preludio a la teoría de la interpretación sujeto a consideraciones puramente pragmáticas y no una forma de escrutar la realidad fundamental. Un kripkeano, en cambio, en sus oropeles causalistas, tendría que hacer un esfuerzo de aclaración consigo mismo y admitir la pertinencia del problema. De hecho, estipular mundos posibles atribuyendo a objetos naturales o fenómenos físicos determinadas propiedades contrafácticas, conduce a asegurar previamente que el lenguaje designa en esos mundos los mismos objetos o fenómenos que denota en el nuestro. Y la rigidez de designación ya no es suficiente. En el mejor de los casos, semejante hipótesis se acomodará por igual a cualquier orden de cosas concebible, pues ni la más precaria ley natural —como Galileo y muchos otros hubieron

de comprobar amargamente— bastará para desalentar a quien mantenga que ella revela los caracteres esenciales de la realidad. Eso es tanto como decir que las leyes científicas, una vez positivamente contrastadas, resultan por principio insusceptibles de revisión, por lo que podríamos en concordancia estipular sus propiedades contrafácticas en términos absolutos.

§ 4

En conclusión, si este examen de la reacción provocada por la crítica de Quine al esencialismo en lógica modal es en verdad correcto, entonces podemos afirmar que, por muy atractivas y sugerentes que puedan parecer las alternativas aportadas, son estériles respecto del fondo del problema. Si esto es así, entonces los enfoques revisitados no logran ofrecer una salida convincente ante el ataque quineano y su defensa del esencialismo, al que se le asigna una función vital en el proceso de la justificación filosófica del discurso modal, resulta a todas luces insatisfactoria. En suma, hemos intentado mostrar que —en contra de lo que se ha pensado— el ataque de Quine al esencialismo resiste incólume la reacción de sus adversarios, porque tiene su soporte justamente en la consustancialidad del esencialismo a la lógica modal cuantificada. Para dejar hablar a Quine:

La cuantificación en contextos modales es irrestricta, pero la sustituibilidad de la identidad funciona para algunos términos y no para otros [...]; son los términos que nombran a sus objetos necesariamente, los nombran atendiendo no a los rasgos accidentales sino a los rasgos esenciales.

La lógica modal abandona la extensionalidad hasta el punto de abandonar la sustituibilidad de la identidad. Con todo esto, ¿debo contener y comprometer mi extensionalismo? Mi respuesta es aún hoy que no se me ha logrado convencer con respecto a la noción de necesidad, la distinción entre necesidad y contingencia, sobre la cual versa la lógica modal en su interpretación estándar y su motivación primera²⁷.

²⁷ W. V. O. Quine, «Promoting Extensionality» in *Synthese* 98 (1994), p. 145.